

Murcia: Un mes. . . 1 peseta.
Resto de España, un
trimestre. 3.50 id.
Precio de la venta
5 cént. ejemplar y 25. 75 céntimas

REDACCION Y OFICINAS:
SELGAS, 4. — MURCIA.

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES

A PRECIOS SEGUN TARIFA
TODA LA CORRESPONDENCIA DEBEN DIRIGIRSE
AL DIRECTOR GERENTE
No se devuelven los originales

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.—Miércoles 3 de Abril de 1907

Núm. 183

LA BATALLA DE FLORES

Después del Entierro de la Sardina el número más simpático de los festejos es la Batalla de Flores. Esta fiesta, conaturalizada en Murcia por la perseverancia, hoy día tiene muchísimos partidarios, particularmente entre el elemento femenino.

En nuestras Batallas de Flores, dicho sea sin modestia, se han presentado carrozas de tales méritos artísticos, que más tarde, en población de mayor importancia, conseguirán el primer premio, luchando con otras que eran verdaderas preciosidades. Un tocador presentado hace cuatro años prueba evidente de lo que antecede.

Aunque esta clase de festejos, por la invasión del confetti, ya no tienen razón de llamarse como se llaman, cada día despiertan mayores simpatías, mayores entusiasmos, pues son fiestas eminentemente cultas y en las cuales las mujeres se muestran en toda su espléndida belleza.

En nuestra región, la famosa provincia de las flores, la Batalla constituye un festejo atractivo, pero a pesar de su atracción, y pese a la importancia que tiene, no consigue toda la que debía tener. Y es que no todo el mundo sabe apreciar los méritos artísticos.

No obstante, todos los años acude un público numerosísimo a presenciaria, llenando los sitios desde donde se puede ver.

En la Glorieta

Este año, por no ser menos que los anteriores, la gente comenzó a afiligrar al paseo de la reina Victoria, explanada del Arena y ronda de Garay desde muy temprano.

Un sol espléndido, que para si hubiera querido la anterior, invitaba a los murcianos a presenciaria la famosa y hermosísima contienda.

Se tenían noticias de que se iban a presentar muy hermosas carrozas y la gente fantaseaba a su gusto, siempre con el pensamiento puesto en un magnífico resultado.

Desde las dos de la tarde hasta las cinco no dejó un sólo momento de llegar público al lugar de la liza.

Particularmente el mujeriejo estaba dignísimamente representado. En tribunas y sillas se veían muchísimas hermosísimas señoras y señoritas.

Puede decirse sin incurrir en exageración que lo mejor de Murcia se encuentra allí.

La formación

Como la formación de las carrozas, por orden de última hora, se verificaba en la plaza de Santo Domingo y no en la ronda de Garay como estaba anunciada, al enterarse el gentío que aguardaba la llegada de los carros, comenzó a desfilar hacia aquel sitio.

Fué tal la afluencia de personas, que el tránsito por la Trapería se hizo difícil.

Con bastante pesadez se organizó la comitiva y rompió marcha con dirección al paseo de la reina Victoria.

En la Trapería

Presenciando el paso había una gran multitud en la Trapería.

Cada carroza merecía su comentario, celebrándose esta belleza, criticándose aquel defecto.

Sólo cuando pasó «Un tapiz» esa frialdad se rompió.

La belleza de esta carroza, así como su hermosa composición y su original idea llevó al público una ráfaga de entusiasmo, que se exteriorizó en frecuentes aplausos.

Si este centro no hubiese logrado otras muestras de estima al rehusar el premio que se le asignó, éstas solas le bastarían.

Tripulantes iban hermosísimas señoritas, que eran el mejor adorno de aquel carro.

La batalla

Por medio de la explosión de una bomba se anunció el comienzo de la batalla.

Entonces comenzó un espectáculo verdaderamente hermoso.

Desde las tribunas a los carros y desde éstos a aquéllas se trabó una reñidísima contienda, arrojándose una verdadera lluvia de flores y confetti.

El entusiasmo del principio, con ligeras intermitencias, se sostuvo hasta el final, decreciendo muy poco los bríos de los combatientes.

El suelo se fofombró bien pronto de una espesa capa de papefílos multicolores y de flores, contribuyendo al mejor conjunto,

Aunque duró algo menos que años anteriores, la contienda fué empuñada, quizás más reñida que nunca.

Los premios

El jurado, compuesto de los señores Baquero, Seiquer (D. Alejandro), Selgas, Martínez Ternel y Sánchez Picazo, concedió los premios de la siguiente manera:

Primero.—Carroza de estilo Luis XV, propiedad de D. Isidoro Lacierva. Representa un templete adornado con faroles de aquella época. Los caballos van lujosamente enjaezados. Resulta de mucho gusto.

Iba tripulada por las Sñas. María Lacierva, María Fontes, María Perea y Pilar Narbona.

El boceto es de D. Alejandro Seiquer y está hecho por el jardinero Julian Barba.

Segundo.—«Sombrero de señora», resultó muy elegante. De entre susrosas salen las tripulantes, que son las Sñas. D.ª María Almansa, D.ª Virtudes Amo y los niños Angelito y Delfina Guirao.

Tercero.—«Sobre el tapiz», es preciosísima. Figura un gran velador cubierto por tapiz magnífico. En medio se destaca una preciosa ánfora. En dos joyeros laterales van las hermosísimas Sñas. Pilar Seiquer, Pepita Fernández Llera, Elvigi Martínez Espinosa y Pepita Rodríguez.

Al rehusar el premio recibe una ovación.

El público creyó, y con mucha razón, que el jurado ha sufrido una lamentable equivocación, nacida quizás de no haber observado la carroza bien. No de otra manera se explica que se le adjudicara un tercer premio, mereciendo como merecía algo más.

El público, aguilatando sus méritos, le testimonia que en su opinión ha alcanzado un gran éxito en la Batalla.

El boceto es de Ruiz Seiquer (D. M.) y está magníficamente hecho por Don Antonio González.

Cuarto.—«Anfora griega». Esta carroza, muy artística por cierto, es del Sr. Perez-Monte, y figura una ánfora rota tendida. Por el roto asoman la distinguida y bella esposa del propietario y las Sñas. Carmen Ballesteros y Paca Albaladejo.

El boceto es de Miralles y está hecho por los señores Moreno y Sánchez.

Quinto.—«El tiempo». Es un gran almanaque, marcando el día de la batalla. Lleva varios atributos alegóricos. La tripulan las hermosas señoritas Carmen Unánua, Elena Virgili, Pepita López Fernández, y Mercedes Gómez de la Rada, que representan el Invierno, la Primavera, el Verano y el Otoño.

El boceto es de Sanz y está hecho por don José Moreno.

Sexto.—«Lancha de salvamento». Lo tripulan las bellísimas señoritas Trini y Amparo Pascual, Luisa Fontes y dos hijos de los marqueses de Rioflorida y Peñacorrada.

El boceto es de Levieu y está hecho por D. José Moreno.

Séptimo.—«Desierto». Es un anuncio muy lindo del Cognac Terry. Delante del croino va un servicio de cognac. Lo tripulan las bella Sñas Remedios Paez, Dolores Cascales, Clara Mareno y Josefa Beviar.

El boceto es de Miralles y está hecho por D. José Moreno.

Noveno.—«Una corbeille» muy bonita de D. Antonio Clemare, que va tripulada por él y su señora.

Décimo.—Un hermoso coche del Marqués de Rozales, que va tripulado por él y sus bellas hijas.

Además de los premiados concurrieron muchos carros adornados, entre los que había algunos muy bonitos.

Fin de la Batalla

Cerca de las siete terminó la Batalla.

El desfile fué presenciado por varios miles de personas.

Luego en la Platería y Trapería se comentaba la distribución de premios.

Madrid al día

LA MUERTE DE NOCEDAL

(De nuestro redactor-corresponsal)

Aunque enemigos, reueltos de sus doctrinas, no hemos de dejar de reconocer, que con la desaparición de esta figura de la po-

lítica española va acabándose aquella generación vigorosa, que luchó honrosamente por la defensa de sus creencias, en las calles, detrás de las barricadas, en el campo, empuñando el fusil, ó en la tribuna, en donde la sencillez de partido, se llevaban hasta el extremo de la enemistad personal.

Nocedal es de la época de los Sagasta, de los Castelar, de los Romero Robledo; con este último quizás es con que tiene más analogía su oratoria, aunque partiendo de ideas también contrarias. Su procedimiento era el mismo: Tenía la puerza del ingenio, la caballerosidad clásica española, el ensañamiento hasta despedazar la víctima, y la voluntad inflexible para defender sus principios. Así era Nocedal. Sólo en el Parlamento, le estimaba, sin embargo, todo el mundo, y cuando se levantaba a hablar, aún en sus últimos tiempos, originaba un acontecimiento parlamentario y las tribunas se llenaban de gente, y los escaños de diputados. Su palabra era dulce, llana, chispeante. Hablando de la desunión de todos los partidos, una vez les invitó en pleno parlamento, a que tomaran ejemplo de la unidad de criterio de la minoría integrista: era el sólo el que la representaba.

Ha tenido frases muy ocurrentes y felices, las cuales fueron siempre arma poderosa que esgrimía para anular a sus adversarios.

Nocedal ha muerto en pleno uso de sus facultades, dando ánimos y conformidad a su esposa y familia que rodeaban su lecho acorronados: él mismo pidió los Santos Sacramentos, a pesar de las esperanzas que trabala de infundirle el médico, Doctor Grinda; pero Nocedal que sabía que se moría, le repuso que no flaqueaba de ánimo, sino que tenía la serenidad de los que nada temen porque de nada malo tienen que reprocharse.

Y, efectivamente, sin temores los recibió y a poco, en un fuerte acceso de tos, cayó sobre el lecho para no levantarse más.

Apesar de su acerada ironía y de los moriscos que dió en vida a sus adversarios, la muerte de Nocedal ha sido muy sentida; bien es verdad que contribuía mucho a esto lo inesperado del desenlace, que nadie aguardaba. Como es natural (la política no tiene entrañas) no han faltado, caliente aún el cadáver del difunto, las impresiones sobre la muerte de la agrupación que dirigía, siendo la creencia más general que se disgregaran sus elementos, retrocediendo unos al carlismo, y afiliándose otros al partido conservador.

RAFAEL MAROTO.

Madrid 2 Abril 1907.

DE SOCIEDAD EN EL CASINO

Ayer tarde, después de la hermosa Batalla de Flores que presenciamos, se organizó un magnífico baile en el Casino.

Estaban destinados para celebrar este baile los amplios patios de verano de esta Sociedad, pero la concurrencia era tan extraordinaria que se acordó trasladarse a la Sala de Café.

También allí era imposible bailar. Muchas señoras permanecían de pies no se encontraban más sillas.

Los socios se multiplicaban por atender a la concurrencia, pero era tan numerosa esta, que toda su buena voluntad se estrechaba en lo imposible, no se podía dar un paso.

Por fin se pensó en el Salon de baile y en diez minutos se encendieron sus cinco monumentales arañas y se vió invadido de una ehorrida de mujeres hermosas.

El aspecto del amplio Salon de baile, al dar comienzo el primer rigodon, es de una belleza indescriptible. Las muchachas lucen todas preciosísimas «toilettes» de primavera y dan una nota de color bellísima, las señoras que asisten ataviadas con los trajes que han lucido en las carrozas de la Batalla.

Penosamente se baila en el Salon en dos gabinetes laterales. En los rostros se nota el cansancio de estos días de continuo trabajo, pero a pesar de todo, entre el elemento joven se escuchan frases de sentimiento porque las fiestas han terminado.

El baile terminó muy cerca de las diez y al comenzar el desfile volamos con pena salir a tantas mujeres hermosas que han venido a dar realce y esplendor a nuestras

fiestas, que de un día a otro nos irán abandonando y que ya no veremos hasta otro año.

La tarea de dar nombres resulta imposible. Recordad, los que no hayáis asistido los nombres de todas las muchachas bonitas de nuestra tierra y añadid los de todas esas caras bonitas de las forasteras que han sido la admiración nuestra durante los festejos, y tendréis los nombres de todas las mujeres hermosas, que dieron anoche esplendor a la última fiesta de este año.

Y han terminado las fiestas. La opinión, unánimemente, reconoce que cada año se celebran con más esplendor y anhela que no mueran nunca porque cada año ponen a más al ura el nombre de Murcia.

Nuestro dignísimo Alcalde y las Comisiones organizadoras de los festejos, merecen todo género de aplausos de todos los buenos murcianos que anhelan ver el nombre de Murcia a la altura de los de las primeras capitales de España.

MR. VERETE Y C.

Palacio del trabajo

Sr. director de EL DEMOCRATA:

Muy señor mío: Vengo a darle muy encarecidamente la publicación en su periódico de mi adjunto escrito, «partida de bautismo» del «Palacio del Trabajo».

Anticipándole las gracias, me ofrezco de usted muy atento seguro servidor q. b. s. m.

JOSÉ SEGURA.

La estancia de algunos días tratando negocios mercantiles en Londres, me ha sugerido la idea de acometer una empresa a la que todavía no he encontrado otro inconveniente que la de ser ella muy grande y yo muy pequeño.

Sabido es que en Londres, en el barrio de la City, se encuentra fácilmente, en las horas laborables de cada día, a toda persona que de negocios se ocupa. Hay en aquel barrio infinidad de edificios destinados exclusivamente a despachos y pequeños departamentos en que, laboran, indistintamente, banqueros, abogados, ingenieros, procuradores, negociantes, artistas, contralistas, médicos, agentes, comerciantes, y en una palabra, allí tienen su oficina, su representación, su centro de operaciones, todos los elementos productores de aquel rico país del «time is money»... el tiempo es oro.

Yo vine encantado de aquella facilidad con que, hallándome en la City, podía encontrar cada día a las personas que me conviniera ver para cualquier clase de negocios, y he de comparar aquella encantadora facilidad con la legendaria dificultad que disfrutamos en nuestro «douce pays» del «vuelva usted mañana».

Y del contraste surgió la empresa en que me he metido, quizás mi ignorancia, sin quizás mi buena voluntad. Digo esto por que considero acto de osadía el que realizo, pretendiendo que me lean, que me escuchen los españoles... a mí, que soy español y no puedo poner en la antefirma ningún título académico, ni en la firma un nombre acreditado en la política ó en cualquier otra manifestación de la actividad humana.

Por tanto, he de rogar al amable lector que me siga en la exposición de mi buena voluntad, poniendo un poco de la suya.

El proyecto consiste en traer a Madrid aquella encantadora facilidad de la City de Londres. Y como la población de Madrid difiere mucho de la de Londres, así en cantidad como en calidad, claro está que no pienso fundar en Madrid un barrio como aquel, sino un edificio en que se haga vida de trabajo parecida a la que allí se hace, y aún, en cierto modo, mejor. Y así lo he fundado en un imaginación y por ella ha venido al mundo con el nombre de «Palacio del trabajo».

Yo lo imagino amplio, sobrio, valiente, como símbolo de la tan deseada Regeneración, frente al Ministerio de la Guerra, frente al Banco de España, sobre los que fue con Jardines del Buen Retiro; no como resallando a aquéllas otros símbolos de pasada grandeza, sino como comunicando al mundo: Yo soy la España nueva que se regenera por el trabajo, mis vecinos, hermanos mayores, han pasado a la Historia; yo soy la encarnación del moderno espíritu de los españoles que comprenden las actuales condiciones de lucha y no se resignan a seguir malgastando el caudal de sus energías.

Porque, lector amigo (pues ya lo eres si hasta aquí me has seguido), es doloroso ob-

servar que somos un país rico por el suelo, por el subsuelo, por el cielo, por la riza, y parece que no sabemos es iarnos a nosotros mismos, cuando toleramos que se nos siga tratando como a país por conquistar.

Gestionar con éxito negocios en Madrid es tarea para poner a prueba la tenacidad de un hambro. Por lo general, las gentes no tienen horas de despacho, ó si las tienen, no despachan, ó carecen de despacho y hay que buscarles en casa a las horas de comer ó otras igualmente intempestivas ó en un café, ó en un menti jero, político ó en la cuarta de Apolo. Si el hombre a quien buscamos está algo metido en la cosa pública, para lograr tener con él unos minutos de conversación, hemos de aprendernos previamente sus costumbres y andar a caza de ocasiones y aún de recomendaciones. Todo, como digo, aunque sólo sea para conseguir unos minutos de conversación. Con las ilas y venidas infructuosas, antenas y conversaciones inútiles, pierden y hacen perder el tiempo lastimosamente, gentes que sin embargo, tienen necesidad y aún deseo de aprovechar el tiempo.

Y es que el remedio a estos y otros males que de nos quejamos muchos españoles, si está estando vagamente en el concepto retórico de la manoseada Regeneración, sin que la inmensa mayoría de los que de ella hablan la expliquen y acrediten con hechos.

El proyectado «Palacio del Trabajo» mejoraría seguramente nuestros actuales hábitos y métodos de trabajo. Sería un gran establecimiento nacional de actividad y enseñanza práctica, donde todos seríamos a un tiempo, profesores y estudiantes.

Sería también el más útil museo, exposición permanente de la riqueza patria; la mejor y la más práctica de sus guías consultivas.

Recuerdo, á este propósito, haber tenido noticia por la prensa periódica de que en nuestro Ministerio de Estado se establecía una exposición de productos nacionales para estimular y fomentar la exportación; y creo que hay esas y otras muchas cosas que nos enseñan y nos enseñan a la vez.

Pues bien, yo vivo ya algunos años en Madrid y consagro todo mi tiempo y facultades a los negocios, y a mi embargo, en verdad declaro que aún no he visto aquella exposición ni otras muchas que seguramente existen, y en las que pudiera haber aprendido algo de lo mucho que ignoro. Y es que no se me ha presentado asunto ni ocasión que me lleve por aquellos lugares, y mi observación se ha reducido a las cosas que salen a mi encuentro...

En el «Palacio del Trabajo» habríamos tenido alguna vez que buscar al ingeniero, al abogado, al comerciante, al propietario, al empresario, al médico, al político, al notario... al amigo... al conocido que tiene allí su despacho, en el cual nos enteramos, sin pérdida de tiempo, de lo que nuestro interés conviene.

Buscando en el «Palacio» el despacho de nuestro amigo habríamos pasado por largas y amplias galerías enjauzadas de mamparas, lámparas, vitrinas... donde habríamos visto nombres, profesiones, reclamos, muestrarios... cosas, en fin, que, sin molestarnos, sin fatigarnos, no habríamos de ideas, de cosas múltiples y variadas. Algo excitara nuestra curiosidad, nuestro interés, nuestra afición. Fuéramos ajenos a la profesión de los negocios, habríamos estado, por casualidad, en el «Palacio del trabajo», y algo de lo mucho que, sin querer, habíamos visto, nos hablaría de algo que nos convendría... Allí habríamos visto, sin querer, la síntesis de bibliotecas, museos, exposiciones, anuarios... como si fuéramos, el plato del día de la actividad económica de nuestro país.

El «Palacio del trabajo», tal como lo concebí, sería un timonero bien para mi Patria. Surgiría en mí, como en los otros, entre muchas y otras, las ideas que en nuestro medio ambiente han lanzado y lanzará cada día con su palabra, con su pluma, e in sus obras, otros hombres muy superiores a mí, a quienes sólo pretendo igualar en intención, en buena voluntad.

Muchos discursos, muchos escritos, mucha labor, mucho dinero, fueran precisos para explicar, para demostrar la magnitud de la obra.

Yo no soy orador, yo no soy escritor, yo no dispongo de medios materiales... Pero soy español y tengo un corazóncito que aún se defiende del escepticismo refinado... He sido educado en el trabajo, con amores y entusiasmos por mi Patria, y presumo de